

CAPÍTULO II

En que se da cuenta de lo que aconteció
en la casa misteriosa.

Mientras que la hospedería del *Bravo Caballero*, mansión aparente de la concordia más perfecta, dejaba á puerta cerrada y bodega abierta filtrar al través de las rendijas de sus postigos la claridad de las bujías y el contento de los convidados, se verificaba un movimiento insólito en aquel edificio misterioso, que nuestros lectores sólo conocen hasta ahora exteriormente por las páginas que han leído en nuestra relación.

El criado de calva frente iba y venía de un aposento á otro conduciendo objetos empaquetados que encerraba en una maleta de viaje.

Terminados estos primeros preparativos, cargó

una pistola y removi6 una ancha daga en su vaina de terciopelo; luego la colgó del anillo de la cadena que le servía de cintur6n, en el cual acomod6 asimismo la pistola, un manojo de llaves y un libro de oraciones encuadernado con piel negra.

Mientras así se ocupaba, un paso ligero como el de una sombra se deslizaba por el piso del cuarto principal dirigiéndose á la escalera.

Una mujer pálida, parecida á una fantasma, envuelta entre los pliegues de un blanco velo, aparece de repente en el umbral de la puerta, y con voz melosa y triste como el canto del pájaro que expira en el bosque, dijo :

— ¿Estáis pronto, Remigio?

— Sí, señora, y sólo aguardo vuestra maleta para reunir la con la mía.

— ¿Y pensáis que puedan acomodarse bien en nuestros caballos?

— Yo respondo de todo, señora; por si eso os inquieta, ¿no podemos abandonar la mía supuesto que allí tendré todo cuanto necesite?

— No, Remigio, por ningún motivo quiero que os falte el en camino lo que hayáis menester, y allí, como el pobre anciano está enfermo, todos sus criados estarán ocupados con él. ¡Ah, Remigio! Tengo vivos deseos de reunirme con mi padre, porque mi corazón abriga tristes presentimientos; parece que hace un siglo que no le he visto.

— Con todo, señora, os separasteis de él tres meses ha, y entre este viaje y el último media el mismo espacio que entre los otros.

— Remigio, vos que sois tan buen médico,

¿no me confesasteis cuando le dejamos, que mi padre no podía contar con mucho tiempo de vida?

— Sin duda, pero mis palabras deben considerarse como la expresión del temor y no como una profecía: Dios se olvida á veces de los viejos, y viven (cosa extraña) por la costumbre que tienen de vivir; aun hay más, el viejo suele ser como un niño, hoy está enfermo y mañana sano.

— ¡Ah, Remigio! También hace lo que el niño, que hoy está sano y mañana muerto.

Remigio nada respondió, porque realmente no podía salir de su boca respuesta alguna satisfactoria, y un lúgubre silencio sucedió durante algunos minutos al diálogo que acabamos de referir.

Los dos interlocutores permanecieron un rato silenciosos y pensativos.

— ¿Para qué hora habéis pedido los caballos, Remigio? preguntó la dama misteriosa.

— Para las dos de la mañana.

— ¿No acaba de dar la una?

— Sí, señora.

— ¿Nadie nos observa en la calle?

— Nadie, señora.

— ¿Ni ese desgraciado joven?

— Tampoco.

Y Remigio lanzó un suspiro.

— Me habéis contestado de una manera extraña, Remigio.

— Consiste en que también ese joven ha tomado una resolución.

— ¿Cuál? preguntó la dama estremeciéndose.

— La de no volver á vernos, ó al menos procurar esto mismo.

— ¿Pues adónde va?

— Adonde todos vamos: á descansar.

— Dios le conceda eterno sosiego, repuso la dama con voz grave y fría como un eco de muerte, sin embargo... Aquí se detuvo.

— ¿Y sin embargo qué? dijo Remigio.

— ¿Nada tenía que hacer en el mundo?

— Amar, si le hubiesen amado.

— Un hombre de su clase, de su nombre y de su edad debiera contar con el porvenir.

— ¿Contáis con él vos, que tenéis una edad, un nombre y un rango que nada puede envidiar á los suyos?

Los ojos de la dama despidieron siniestra claridad.

— ¡Oh Remigio! exclamó, cuento con él, pues vivo... pero... aguardad.

Y después de haber escuchado atentamente, añadió:

— ¿No se oye el trote de un caballo?

— Me parece que sí.

— ¿Será nuestro conductor?

— Es muy posible, en cuyo caso se habrá adelantado cerca de una hora á la convenida.

— Se han detenido en la puerta, Remigio.

— Con efecto.

Remigio bajó con precipitación la escalera al mismo tiempo que resonaron en la puerta tres golpes de aldabón.

— ¿Quién es? preguntó Remigio.

— Yo, contestó una voz temblona y áspera; soy Grandchamp, el ayuda de cámara del barón.

— ¡Ah, Dios mío! ¡Vos, Grandchamp, en París! Voy á abrirlos inmediatamente, pero hablad. Y diciendo esto abrió la puerta.

— ¿De dónde venís? le preguntó Remigio en voz baja.

— De Meridor.

— ¿De Meridor?

— Sí, mi querido señor Remigio. ¡Ah!

— Entrad, entrad pronto. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

— ¿Qué hay, Remigio? preguntó la dama desde la escalera. ¿Son nuestros caballos?

— No, señora, no; no son ellos.

Y volviendo hacia el viejo, añadió:

— ¿Qué hay de nuevo, mi buen Grandchamp?

— ¿No lo sospecháis? respondió el ayuda de cámara.

— ¡Ah! sí, lo adivino, pero en nombre del cielo os pido que no la deis esta noticia de pronto. ¿Qué es lo que va á decir la pobre señora?

— Remigio, Remigio, dijo la dama, creo que estáis hablando.

— Sí, señora.

— Con una persona cuya voz conozco.

— Con efecto, señora. ¡Ah, Grandchamp! ¿Cómo lo hemos de remediar?

La dama, que había bajado del piso principal al bajo, como había bajado ya del segundo al primero en el extremo del corredor,

— ¿Quién es? preguntó al punto, me ha parecido Grandchamp.

— El mismo, señora, contestó con humildad y tristeza el viejo, descubriendo su blanca cabeza.

— ¡Tú, Grandchamp! ¡Cielo santo! No me engañan mis presentimientos; ha muerto mi padre.

— Sí, señora, respondió Grandchamp olvidando la recomendación de Remigio; Meridor no tiene ya amo.

Pálida, helada, pero inmóvil y firme, la dama soportó aquel golpe sin sucumbir.

Al verla Remigio tan resignada y sombría, se acercó á ella y la tomó suavemente la mano.

— Amigo mío, preguntó ella al mensajero, ¿cómo ha muerto?

— El señor barón, que no abandonaba ya su poltrona, fué atacado hace ocho días del tercer accidente de apoplejía: su última palabra fué vuestro nombre; después de haberlo pronunciado con trabajo, no habló más, y murió por la noche.

Diana dirigió al viejo criado una señal de gratitud y sin volver á decir cosa alguna, subió á su aposento.

— Por fin ya es libre, murmuró Remigio más pálido y sombrío que ella: venid, Grandchamp, venid.

El aposento principal de la dama estaba situado en el primer piso, detrás de un gabinete que tenía vistas á la calle, mientras que dicho aposento solo recibía la luz por una ventana del corredor.

Los muebles de aquella pieza eran tristes, pero ricos, y los dibujos de los tapices de Arras, los más hermosos de la época, representaban todos los trances amargos de la sagrada Pasión.

Un reclinatorio de encina esculpido, un sillón de

la misma madera y del mismo trabajo, y una cama de columnas enroscadas, con tapices parecidos á los que cubrían las paredes, y una alfombra de Brujas, eran los objetos que adornaban el aposento.

En él no se veía una flor, ni una alhaja, ni un dorado; la madera y el hierro pulimentado hacían veces de molduras de plata y oro: un cuadro de ébano encerraba un retrato de hombre, colocado en un ángulo de la pieza, y sobre él daba de lleno la luz de la ventana, practicada sin duda en el corredor con este objeto.

La dama se postró ante aquel retrato con el corazón hinchado, pero con ojos enjutos.

Dirigió á la inanimada pintura una indecible mirada de amor, como si aquella noble imagen pudiera reanimarse para corresponder con otra. Noble era, en efecto, la expresión de su semblante, y esta calificación le cuadraba perfectamente.

El pintor había representado un joven de veintiocho á treinta años, medio desnudo y recostado en un lecho de descaño; de su entreabierto pecho se desprendían algunas gotas de sangre, y su mano derecha pendía mutilada, y sin embargo, todavía empuñaba un pedazo de espada.

Cerrábanse sus ojos como los de un hombre próximo á expirar; la palidez y el dolor prestaban á su fisonomía un carácter divino, que el rostro del hombre solo empieza á adquirir cuando abandona el mundo por la eternidad.

La única divisa, el único rótulo que se leía al pie de la pintura en letras de color de sangre, era:

AUT CESAR AUT NIHIL

La dama extendió sus brazos hacia aquella imagen dirigiéndole las siguientes palabras como hubiera podido hacerlo al mismo Dios.

« Te había rogado que me aguardases, á pesar de que tu alma irritada debía respirar venganza, y como los muertos ven todo, oh amor mío, has visto que sólo he soportado el peso de la existencia por no convertirme en parricida; después de haber muerto tú, yo también debía morir; pero muriendo yo, mataba á mi padre.

» Y luego.... también lo sabes, hice un juramento sobre tu cadáver ensangrentado; juré pagar la sangre con sangre, y la muerte con la muerte, pero entonces hubiera echado la responsabilidad sobre la blanca cabeza del venerable anciano que me llamaba su inocente hija.

» Me has esperado, gracias, amor mío; me has aguardado, ahora ya soy libre, pues el Señor ha roto el último eslabón de la cadena que me sujetaba á la tierra: gracias mil sean dadas al Hacedor Supremo. Ya soy enteramente tuya; ya puedo abandonar mi disfraz y los misterios que me rodean; ya puedo presentarme á la luz del día, porque nadie en el mundo me echará de menos, porque he logrado poseer el derecho de abandonar la tierra. »

Levantó entonces una rodilla, y besó aquella mano que parecía colgar fuera del cuadro.

« Ya sé que me perdonas el que mis ojos estén enjutos; consiste en que á fuerza de llorar sobre tu sepulcro, se han secado estos ojos que tanto amabas.

» Dentro de pocos meses iré á reunirme contigo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

sombra querida, y por fin contestarás á tantas protestas de amor como te he dirigido sin que tus labios se hayan desplegado.»

Después de pronunciar estas palabras, se levantó Diana respetuosamente, como si hubiese concluido de platicar con Dios, y fué á sentarse en su sillón de encina.

— ¡Pobre padre! murmuró friamente y con una expresión que no parecía pertenecer á criatura humana.

Después se abismó en cavilaciones sombrías que al parecer le hicieron olvidar su actual situación y las desgracias pasadas.

Levantóse de pronto, y apoyando una mano en el sillón, dijo :

— Esto ha de ser, y todo mejor de este modo. ¡Remigio!

El fiel criado escuchaba sin duda á su ama detrás de la puerta, porque se presentó al momento.

— Aquí me tenéis, señora, respondió.

— Mi digno amigo, hermano mío, le dijo Diana, vos, que sois el único que me conoce en el mundo, decidme adiós.

— ¿Y por qué, señora?

— Porque ha llegado, Remigio, la hora de separarnos.

— ¡Separarnos! exclamó el joven con acento que hizo estremecer á su compañera. ¿Qué estáis diciendo, señora?

— Sí, Remigio. Mi proyecto de venganza me parecía noble y puro mientras entre él y mi voluntad existía un obstáculo, mientras sólo lo divisaba en

un horizonte más ó menos lejano : así son todas las cosas de este mundo, grandes y hermosas desde lejos. Ahora, que estoy cerca de la ejecución, ahora, que el obstáculo ha desaparecido... no me vuelvo atrás, Remigio, pero no quiero arrastrar conmigo en el camino del crimen á una alma generosa que no se ha contaminado con la más leve mancha. Así, pues, vais á dejarme sola, amigo mío; toda una vida de lágrimas será á los ojos de Dios una expiación de mis faltas, y espero que también os sirva á vos por lo mucho que os he hecho sufrir; de ese modo, vos, que ningún crimen habéis cometido, podéis estar doblemente seguro de alcanzar el cielo.

Remigio había escuchado las palabras de la dama de Monsoreau con aire sombrío y casi altivo.

— Señora, repuso al punto, ¿creéis que estáis hablando con algún viejo medroso y fatigado por los excesos de la vida? Tengo, señora, veintiséis años, es decir, toda la savia de la juventud que parece agotada en mí; cadáver escapado de la tumba, si vivo todavía es porque el cielo me destina al cumplimiento de una acción terrible y á representar un papel activo en la obra de la Providencia : nunca separéis mi pensamiento del vuestro, señora, ya que ambos se han albergado siniestramente y por tan largo tiempo bajo el mismo techo : iré á donde vayáis, y en todo cuanto intentéis os ayudaré; de lo contrario, señora, si á pesar de mis súplicas persistís en esa resolución de despedirme...

— ¡Oh! ¡Despediros! repuso la dama. ¡Qué palabra acabáis de usar, Remigio!

— Si persistís en esa resolución, prosiguió el joven

como si nada hubiese oído, ya sé lo que debo hacer por mi parte, y todos nuestros proyectos se reducirán en cuanto á mí á dos puñaladas; una traspasará el corazón de quien sabéis y otra el mío.

— Remigio, Remigio, exclamó la dama dando un paso hacia el joven y extendiendo imperiosamente la mano sobre su cabeza, no digáis eso, porque la vida de la persona que amenazáis no es vuestra, sino mía, pues la he pagado demasiado cara para dejar de apoderarme de ella cuando llegue el momento en que debe perderla. Ya sabéis lo que ha sucedido, Remigio, y os juro que no fué un sueño, el día en que fui á arrodillarme al lado del cuerpo ya frío de ése...

Y señaló el retrato.

— Aquel día acerqué mis labios á los de esa herida que veis abierta, y ellos temblaron y me dijeron :

— ¡*Véngame, Diana, véngame!*

— ¡Señora!

— Remigio, te lo repito, no fué ilusión, no fué delirio; la herida habló, sí, habló, y todavía la oigo murmurar :

— ¡*Véngame, Diana, véngame!*

El criado bajó la cabeza.

— Á mí, pues, me pertenece esa venganza, y no á vos, añadió Diana; además de eso, ¿por quién y para quién murió ése? Por mí y para mí.

— Debo obedeceros, señora, contestó Remigio, porque tan muerto estaba yo como él. ¿Quién me sacó de entre los cadáveres que llenaban esta sala? Vos. ¿Quién cerró mis heridas? ¿Quién me ha ocul-

tado? Vos, vos; es decir, la mitad del alma de aquel por quien yo hubiera perecido gustoso. Disponed, pues, y os obedeceré con tal que no dispongáis que os abandone.

— Sea como queréis, Remigio, seguid mi suerte, pues veo que tenéis razón y que nada debe separarnos.

Remigio señaló al retrato con el dedo, y dijo con energía :

— Acordaos, señora, de que fué muerto á traición, y que por consiguiente, á traición debe ser vengado. ¡Ah! Ignoráis una cosa, y..... decíais bien; la mano de Dios nos protege, porque esta noche he encontrado el secreto de *l'agua tofana*, ese veneno de los Médicis, ese veneno de Renato el florentino.

— ¿Es cierto lo que dices?

— Venid á verlo, señora, venid.

— ¿Y qué dirá Grandchamp, que nós está aguardando, al ver que no volvemos? ¿Qué pensará si nos oye hablar? Porque supongo que debemos hallarnos abajo para ver eso.....

— El pobre Grandchamp ha corrido sesenta leguas á caballo, señora, está rendido de fatiga, acaba de quedarse dormido en mi cama. Venid.

Diana siguió á Remigio.